

nó con una muerte gloriosa una vida sin mancha, el capitán retirado de fragata D. Juan Antonio de Riaño caballero del hábito de Calatrava, intendente, corregidor y comandante de las armas de Guanajuato. Nació en Liérganes en las montañas de Santander, el día 16 de Mayo de 1757: hizo su carrera en la marina con honor, hallándose en las principales funciones de guerra de su tiempo, y obtuvo despues distinguidos empleos en el ramo administrativo. Integro, ilustrado y activo como magistrado, no menos dedicado á la literatura y á las bellas artes: cuando la revolucion le obligó á ceñir de nuevo la espada, ganó como militar el justo renombre de valiente y denodado, dejando en una y otra carrera ejemplos que admirar y un modelo digno que seguir á la posteridad."

"La muerte del intendente introdujo la division y la discordia entre los defensores de la alhóndiga, en el momento que mas necesitaban proceder con union y firme resolucion. El asesor de la intendencia Lic. D. Manuel Perez Valdez, fundado en que por la ordenanza de intendentes, el ejercicio de este empleo recae en el asesor por la falta accidental del propietario, pretendia que residiendo en él la autoridad superior de la provincia, nada debia hacerse sino por su mandado, y propendia á capitular: el mayor Berzábal sostenia, que siendo aquel un mando puramente militar, conforme á la ordenanza él debia tomarlo por ser el oficial veterano de mayor graduacion y estaba resuelto á la defensa. Sin que esta disputa pudiera decidirse, la confusion del ataque hizo que todos mandasen y que en breve ninguno obedeciese, excepto los soldados que siempre reconocian á sus jefes. La muchedumbre reunida en el cerro del Cuarto, comenzó una descarga de piedras á

dente, no era cabo, sino sargento, que lo hizo premeditadamente, llamando testigos que presenciaran el hecho; y que el tiro no fué disparado de una casa de la plazoleta, sino de las alturas del cerro del Cuarto.

mano y con hondas tan continúa que excedia al mas espeso granizo, y para tener provistos á los combatientes, enjambres de indios y de la gente de Guanajuato unida con ellos, subian sin cesar del rio de Cata las piedras rodadas que cubren el fondo de aquel torrente; tal fué el número de piedras lanzadas en el corto rato que duró el ataque, que el piso de la azotea de la alhóndiga, estaba levantado cosa de una cuarta sobre su ordinario nivel. Imposible fué sostener las trincheras, y mandada retirar la tropa que las guarnecia, hizo cerrar la puerta de la alhóndiga el capitán Escalera que estaba de guardia en ella, con lo que los europeos que ocupaban la hacienda de Dolores, quedaron aislados y sin mas recurso, que vender caras sus vidas, y en la misma ó peor situacion la caballería que estaba en la cuesta del rio de Cata. Tampoco pudo defenderse largo tiempo la azotea, dominada por el cerro del Cuarto y también por el de S. Miguel, aunque por la mayor distancia era menor el daño que desde allí se recibia, y no obstante el estrago que causaba el fuego continuo de la tropa que la guarnecia, era tan grande el número de los asaltantes; que los que caian eran bien presto reemplazados por otros y no se hacia notar su falta."

"Abandonadas las trincheras y retirada la tropa que defendia la azotea, se precipitó por todas las avenidas aquella confusa muchedumbre hasta el pié del edificio: los que delante estaban eran empujados por los que los seguian, sin que les fuese posible volver atras, como en una tempestad las olas del mar son impelidas las unas por las otras y van á estrellarse contra las rocas. Ni el valiente podia manifestar su bizarría, ni al cobarde le quedaba lugar para la huida. La caballería fué completamente arrollada, sin poder hacer uso de sus armas y caballos: el capitán Castilla murió, algunos soldados perecieron; los más tomaron partido con los vencedores. Solo el bizarro D. José Francisco Valenzuela, revolviendo su caballo, recorrió por tres veces la cuesta,



abriéndose camino con la espada, y arrancado de la silla y suspendido por las puntas de las lanzas de los que en gran número lo rodeaban, todavía dió la muerte á algunos de los mas inmediatos ántes de recibir el golpe mortal, gritando "viva España," hasta rendir el último aliento. Era nativo de Irapuato, y teniente de la compañía de aquel pueblo."

"Había una tienda en la esquina que forma la calle de los Pozitos y la subida de los mandamientos, en la que se vendian rajas de ocote, de que se proveian los que subian de noche á las minas para alumbrarse en el camino. Rompió las puertas la muchedumbre y cargando con todo aquel combustible, lo arrimaron á la puerta de la alhóndiga prendiéndole fuego (1) mientras que otros prácticos en los trabajos subterráneos, acercándose á la espalda del edificio cubiertos con cuartones de losas, como los romanos con la *testudo*, empezaron á practicar barrenos para socavar aquel por los cimientos. Arrojan por las ventanas los de dentro sobre a multitud los frascos de fierro, de que se ha hablado: éstos al hacer explosión echaban por tierra á muchos, pero inmediatamente volvía á cerrarse el peloton y sofocaban bajo los piés á los que habian caido, que es el motivo por que hubo tan pocos heridos de los asaltan-

(1) Liceaga en la pág. 112 de su obra dice lo siguiente. "Son tambien notables los equívocos concernientes al operario llamado Pipila. En la nota marginal del calce del folio 430, se lee, lo que sigue: "D. Carlos Bustamante, Cuadro histórico tomo 1.º folio 39 cuenta que Hidalgo rodeado de un torbellino de plebe dirigió la voz á un hombre, que la regenteaba, y le dijo. Pipila (nombre con que aquel era conocido) la patria necesita de tu valor. ¡Te atreverás á prender fuego á la puerta de la alhóndiga? Que con esta exhortacion Pipila fué á gatas cubierto con una losa, y con un ocote pegó fuego á la puerta. Esta relacion es del todo falsa; pues el Cura Hidalgo habiendo permanecido en el cuartel de caballería en el extremo opuesto de la Ciudad no podia dar orden alguna: el nombre de Pipila es enteramente desconocido en Guanajuato." "Nadie dará crédito, á que Hidalgo que acaba de llegar, supiera quien fuese un pobre muchacho del pueblo bajo, para que inmediata y directamente le habla-

tes, habiendo sido grande el número de muertos. El desacuerdo de los sitiados hacia que al mismo tiempo que D. Gilberto Riaño, sediento de venganza por la muerte de su padre, y D. Miguel Bustamante que lo acompañaba, arrojaban con otros los frascos sobre los asaltantes, el asesor hacia poner un pañuelo blanco en señal de paz, y el pueblo, atribuyendo á perfidia lo que no era sino efecto de la confusion que habia en el interior de la alhóndiga, redoblaba su furor y se precipitaba al combate con mayor encarnizamiento. El asesor hizo entonces descolgar por una ventana á un soldado que fuese á parlamentar; el infeliz llegó hecho pedazos al suelo: intentó entonces salir el P. D. Martin Septien, conñado en su carácter sacerdotal y en un Santo Cristo que llevaba en las manos: la imágen del Salvador voló hecha astillas á pedradas, y el padre empleando la cruz que le habia quedado en la mano como arma ofensiva, logró escapar, aunque muy herido, por entre la muchedumbre. Los españoles entre tanto, no escuchando mas voz que la del terror, arrojaban los unos dinero por las ventanas, por si la codicia de recojerlo podia aplacar á la multitud; otros pedian á gritos que se capitulase y muchos, persuadidos de que era llegada su última hora, se echaban á los piés de los eclesiásticos que allí habia á recibir la absolucion."

Berzábal, viendo arder la puerta, recogió los soldados que pudo del batallon y los formó frente á la en-

se por su nombre y lo exhortase, y mucho menos, cuando no regenteaba aquel torbellino como se dice, ni habia cosa, que le hiciese fijar la atencion en el mencionado individuo; por manera que el hecho es falso tan solo en cuanto al modo con que se relaciona, pero no lo es por los motivos con que se critica en la transcrita nota. Está suficientemente demostrado, y patente, que el caudillo no permaneció en el extremo opuesto de la ciudad; y tambien es demasiado claro, que el no ser conocido ese nombre de Pipila en Guanajuato, es decir en la generalidad de sus vecinos, no arguye, que sea un ente imaginario, ó supuesta la persona, á que se aplica tal nombre, y menos cuando esta por su baja y miserable esfera, no es estraño, el que fuese decono-



trada: consumida aquella por el fuego, mandó hacer una descarga cerrada, con que perecieron muchos de los asaltantes, pero el impulso de los de atrás llevó adentro á los que estaban adelante, pasando por sobre los muertos y arrollándolo todo con ímpetu irresistible, se llenó muy pronto de indios y plebe el patio, las escaleras y los corredores de la alhóndiga, Berzabal, retirándose entónces con un puñado de hombres que le quedaban á uno de los ángulos del patio, defendió las banderas de su batallon con los abanderados Marmolejo y Gonzalez, y habiendo caído muertos éstos á su lado, los recojió y teniéndolos abrazados con el brazo

cida por esa generalidad; y así que no merece asenso ni lo que se refiere en el Cuadro Histórico por no ser exacto en cuanto al modo, ni tampoco la impugnacion por la falsedad de los motivos que se indican para apoyarla, todo lo cual se percibe con la mayor evidencia, exponiéndose sencillamente, cual es la realidad de lo que en el particular ocurrió.”

“Manifestando Hidalgo el intento de que se buscaran barras ú otros instrumentos, con que se pudiera romper la puerta de la alhóndiga lo percibió el sugeto de que se está tratando, el cual se hallaba entre un grupo, que rodeaba y no perdía de vista al Cura y acercándosele le dijo “que sin necesidad de ellos se ofrecia á ejecutar la operacion que se intentaba,” dándosele, como en el momento se le dió para comprar aceite de beto, brea y ocote, y entónces arrimándose á la pared, y tapándose con una loza, untó la puerta con el aceite, llenó con la brea lo untado y luego le arrimó el ocote, con lo que fué ardiendo la madera hasta que completamente quedó destruida. Esto, que es lo mas verosímil y lo que esplicaban las muchas personas que lo presenciaron y observaron, acaba de aclarar la inexactitud y falsedad que se advierte entre lo que cuentan los dos autores susodichos.”

“El sugeto, á que se refiere era operario de la mina de Mellado, se llamaba Mariano, representaba de diez y ocho á veinte años de edad; y como diariamente iba y venia por el barrio del Terremoto, y subida nombrada de los Mandamientos, la cual está enfrente de Granaditas, no solo le conocian, sino que lo trataban con frecuencia los vecinos de ese rumbo, los cuales, y los demas del pueblo, que seguian al Cura, observaron y supieron lo que se relaciona en el párafo anterior; y todos ellos aseguraban, que como á las cinco de la tarde de ese mismo dia pasó por allí con direccion á Mellado en donde vivía, y que iba acompañado de otros, que conducian cinco ó seis talegas;

izquierdo, se sostuvo con la espada y rota esta con una pistola contra la multitud que le rodeaba, hasta que cayó atravesado por muchas lanzas, sin abandonar sin embargo las banderas que habia jurado defender. ¡Digno ejemplo para los militares mexicanos, y justo título de gloria para los descendientes de aquel valiente guer-

y que él llevaba en la mano una pequeña, ó redécita, que probablemente contendría oro: siendo custodiados éstos por soldados ó gente armada de los mismos invasores, lo que les hizo creer, que se le habia dado aquel dinero en remuneracion del servicio que acababa de prestar; pero que ya no le habian vuelto á ver, ni á saber de él absolutamente. Tal vez lo asesinaron por robarlo, lo que por el sumo desorden y confusion de esos dias, y particularmente de esa tarde, no llamaría la atencion, ó no se podría averiguar. Lo expuesto fué muy sabido y se siguió repitiendo en las conversaciones que se referian á lo que entónces pasaba: y sin embargo de haber sido tan notorio, quiso al escribir estos apuntes asegurarme más de la verdad: y aunque ya faltaban los que en el año de diez habitaban en ese barrio, pero habiendo noticia, de que aun existia una persona, que habia conocido á Pipila, procuré, que se buscara, á la que no se encontró sino hasta despues de algunos meses: y preguntando con individualidad sobre los pormenores referidos, contestó enteramente conforme con los mismos.”

Llama ciertamente la atencion la seguridad con que el Sr. Alaman niega la existencia de Pipila, y afirma que su nombre es enteramente desconocido en Guanajuato, cuando sin temor de equivocacion puede asentarse la proposicion contraria, es decir, que no hay en Guanajuato quien no conozca el nombre de Pipila.

El que ésto escribe tuvo estrecha relacion con un respetable anciano de esta ciudad, llamado Mariano López, que falleció de 89 años de edad á fines de 1860; y mil veces le oyó referir que conoció mucho á la madre de Pipila, y que ella misma no volvió á saber de su hijo despues de los sucesos de Granaditas.

Si estos pasaron como los refiere Liceaga ó como los refiere Bustamante, es cosa que no nos es posible decidir; pero no podemos ménos de llamar la atencion acerca de lo infundado de la impugnacion que el primero hace de la relacion del segundo; pues aunque Hidalgo acabara de llegar, podia por cualquiera circunstancia conocer á Pipila, entre otras por la de que antes de la revolucion acostumbraba el caudillo venir con frecuencia y por largas temporadas á Guanajuato; y sobre todo, aunque él no lo conociera, si lo conocia una multitud de personas que estaban á su lado, y pudieron advertirle que aquel muchacho por su conocido arrojo y valor, era á propósito para realizar la temeraria empresa de poner fuego á la puerta del Castillo.



rero! Cesó con esto toda resistencia y no se oían ya mas que algunos tiros de alguno que aisladamente se defendía todavía, como un español Ruymayor, que no dejó se le acercasen los indios, hasta haber consumido todos sus cartuchos. En la hacienda de Dolores, los europeos que allí estaban intentaron ponerse en salvo por una puerta posterior que da al puente "de palo" sobre el río de Cata, pero la encontraron ya tomada por los asaltantes, con lo que se fueron retirando á la noria, en que por ser lugar alto y fuerte, se defendieron hasta que se les acabaron las municiones, causando gran mortandad en los insurgentes, pues se dijo que solo D. Francisco Iriarte, el mismo que dió aviso al intendente desde S. Juan de los Llanos del principio de la revolución, que era excelente tirador, mató diez y ocho. Los pocos que quedaron vivos cayeron ó se echaron á la noria, en que perecieron ahogados."

"La toma de la alhóndiga de Granaditas fué obra enteramente de la plebe de Guanajuato, unida á las numerosas cuadrillas de indios conducidas por Hidalgo: por parte de éste y de los demás jefes sus compañeros, no hubo ni pudo haber, mas disposiciones que las muy generales de conducir á la gente á los cerros y comenzar el ataque: pero empezado éste, ni era posible dar orden alguna ni había nadie que la recibiese y cumpliera, pues no había organización ninguna en aquella confusa muchedumbre, ni jefes subalternos que la dirijiesen. Precipitándose con extraordinario valor á tomar parte en la primera acción de guerra que habían visto, una vez comprometidos en el combate los indios y gente del pueblo no había que volver atrás, pues la muchedumbre pesando sobre los que precedían, le obligaba á ganar terreno y ocupaba en el instante el espacio que dejaban los que morían. La resistencia de los sitiados aunque denodada, era sin orden ni plan, por haber muerto el intendente antes que ningun otro, y á esto debe atribuirse la pronta terminacion de la ac-

cion, pues á las cinco de la tarde todo estaba concluido."

"Dueños los insurgentes de la alhóndiga, dieron rienda suelta á su venganza: los rendidos imploraban en vano la piedad del vencedor, pidiendo de rodillas la vida: una gran parte de los soldados del batallon fueron muertos; otros escaparon quitándose el uniforme y mezclándose entre la muchedumbre. Entre los oficiales perecieron muchos jóvenes de las mas distinguidas familias de la ciudad y quedaron otros heridos gravemente, entre ellos D. Gilberto Riaño que murió á pocos dias, y D. José María y D. Benigno Bustamante: de los españoles murieron muchos de los mas ricos y principales vecinos: fué muerto tambien un comerciante italiano llamado Reinaldi, que por aquellos dias había ido á Guanajuato con una memoria de mercancías, y con él un niño de ocho años, hijo suyo, que los indios estrellaron contra el suelo y arrojaron del corredor abajo: algunos procuraron ocultarse en la troje número 21 en que estaba el cadáver del intendente con los de otros, pero descubiertos luego eran muertos sin misericordia. Todos fueron despojados de sus vestidos y al desnudar el cadáver de D. José Miguel Carrica, se halló cubierto de cilicios, lo que hizo correr la voz de que se había encontrado un gachupin santo. Los que quedaron vivos, desnudos, llenos de heridas, atados en cuerdas, fueron llevados á la cárcel pública, que había quedado desocupada por haber puesto en libertad á los reos, teniendo que atravesar el largo espacio que hay desde la alhóndiga para llegar á ella, por entre una multitud desenfrenada que á cada paso los amenazaba con la muerte. Cuéntase que para evitarla, el capitán D. José Joaquín Pelaez logró persuadir á los que lo conducían, que Hidalgo había ofrecido un premio en dinero porque se lo presentasen vivo, y que así consiguió ser custodiado con mayor cuidado en aquel tránsito peligroso."

"Cálculase variamente el número de muertos que hu-



bo por una y otra parte: el de los insurgentes se tuvo empeño en ocultarlo y los enterraron aquella noche en zanjas que se abrieron en el rio de Cata, al pié de la cuesta. El ayuntamiento en su exposicion, lo hace subir á tres mil; Abasolo en su causa dice que fueron muy pocos: esto no me parece probable y lo primero lo tengo por muy exagerado. De los soldados murieron unos doscientos, y ciento cinco españoles. Los cadáveres de éstos fueron llevados desnudos, asidos por los piés y manos ó arrastrando, al próximo camposanto de Belen en el que fueron enterrados: el del intendente estuvo por dos dias expuesto al ludibrio del populacho, que queria satisfacerse por sí mismo de la fábula absurda que se habia hecho correr, de que tenia cola porque era judío, la que no dejó por ésto de conservarse en crédito: (1) fué despues sepultado con una mala mortaja que le pusieron los religiosos de aquel convento, sin recibir el honor que hubiera debido tributar á sus restos mortales un vencedor generoso. Ninguna señal de compasion era permitida, y á una muger del pueblo que manifestó condolerse al ver conducir un cadáver de un europeo, los que lo llevaban le dieron una herida en la cara.”

“Entregóse la plebe al pillage de todo cuanto se habia reunido en la alhóndiga, y todo desapareció en pocos momentos: Hidalgo quiso reservar para sí las barras de plata y el dinero, pero no pudo evitar que lo sacasen, y despues se les quitaron algunas de aquellas á los que se les pudieron encontrar, como pertenecientes á la tesorería del ejército y que por esto no debian ser comprendidas en el saqueo. El edificio de la alhóndiga presentaba el mas horrible espectáculo: los comestibles que en él se habian acopiado estaban esparcidos por todas partes: los cadáveres desnudos, se hallaban medio enterrados en maiz, en dinero, y todo manchado de

(1) Parece que esta fábula ridícula, no solo se referia al Intendente, sino á todos los españoles.

sangre. Los saqueadores combatian de nuevo por el botin y se daban la muerte unos á otros. Corrió entonces la voz de que habia prendido fuego en las trojes y que comunicándose á la pólvora iba á volar el castillo, que era el nombre que el pueblo daba á aquel edificio: los indios se pusieron en fuga y la gente de á caballo corria á escape por las calles, con lo que la plebe de Guanajuato, que acaso fué la que esparció esta voz, quedó sola dueña de la presa, hasta que los demas, disipado el temor, volvieron á tomar parte en ella.”

“La gente que habia permanecido en expectativa del resultado, bajó para participar del despojo, aunque no habia concurrido al combate, y unida con la demas y con los indios que habian venido con Hidalgo, comenzó en esa misma tarde y continuó por toda la noche y dias siguientes el saqueo general de las tiendas y casas de los europeos de la ciudad, mas despiadadamente que lo hubiera podido hacer un ejército extranjero. Alumbraban la triste escena en aquella funesta noche multitud de teas ú ocotes, mientras que no se oian mas que los golpes con que echaban abajo las puertas, y los feroces alaridos del populacho que aplaudia viéndolas caer, y se arrojaba como en triunfo á sacar efectos de comercio, muebles, ropa de uso y toda clase de cosas. Las mugeres huian despavoridas á las casas vecinas trepando por las azoteas, y sin saber todavia si en aquella tarde habian perdido á un padre ó á un esposo en la alhóndiga, veian arrebatarse en un instante el caudal que aquellos habian reunido en muchos años de trabajo, industria y economía. Familias enteras que aquel dia habian amanecido bajo el amparo de sus padres ó maridos, las unas disfrutando de opulencia, y otras gozando de abundancia en una honrosa mediocridad, yacian aquella noche en una deplorable orfandad y miseria, sin que en lugar de tantos como habian dejado de ser ricos, hubiese ninguno que saliese de pobre, pues todos aquellos caudales que en manos activas é